

Los señores de Colhuacan escribieron los *Anales del reino de Colhuacan*. En la biblioteca de los jesuitas de Méjico existia una copia de la expresada obra.

Fernando de Alva Ixtlilxochitl, noble indio texcocano, descendiente por línea recta de los reyes de Acolhuacan, se hizo notable por su talento, su saber y su recto juicio. Dedicado al estudio y versado en las antigüedades de su nacion, escribió, á instancias del virey D. Luis de Velasco, las siguientes obras: *Historia de la Nueva España*; *Historia de los señores chichimecas*; *Compendio histórico del reino de Texcoco*; *Memorias históricas de los toltecas*; *Cantos del emperador Nezahualcoyotl*, que tradujo de la lengua azteca al castellano; varios fragmentos históricos, y otras muchas producciones de menos importancia.

Don Manuel Alva, hijo suyo, dotado de notable capacidad, escribió diversas obras, entre las cuales figuran en primer término sus *Pláticas* en lengua mejicana, contra las supersticiones que habian quedado entre los indios. Tambien tradujo al mejicano tres comedias de Lope de Vega intituladas: *Gran teatro del mundo*, *El animal profeta*, y *La Madre de lo mejor*.

Pedro Gutierrez de Santa Clara, noble indio mejicano, escribió una obra sobre los acontecimientos de Anáhuac, llena de curiosas noticias. De ella se valió el franciscano Agustin Betancurt para la historia antigua y moderna de Méjico, que publicó en 1698 bajo el título de *Teatro mejicano*.

Muchos mas distinguidos escritores indígenas pudieran citar que brillaron en el siglo xvi, poco despues de la conquista, en la bellísima region de la Nueva España;

pero bastan los mencionados para dar á conocer los progresos que la literatura habia hecho en setenta y nueve años entre los naturales, y para demostrar que han incurrido en un error lamentable aquellos autores extranjeros que, como el señor Paw, les han negado la clara inteligencia que á la raza europea. Favorecidos los escritores indígenas por los vireyes que les encargaban esos útiles trabajos literarios, se dedicaban con ahinco al estudio de la historia y de las bellas letras; y la honra que recibian, estimulaba á otros al estudio para alcanzar igual gloria.

De los descendientes de raza pura española, y de española mezclada con la indígena, no es mi intento hablar en este capítulo. La inteligencia de los que tenian ese origen, era verdaderamente notable y precoz. Mas adelante, al referir los acontecimientos del siglo xvii, tendré ocasion de dar á conocer á los hombres que llegaron á figurar, como lumbreras, en la república de las letras, siendo el justo orgullo del país que les vió nacer, y cuyos hijos siempre se han distinguido por su claro ingenio. Sin embargo, no quiero pasar sin mencionar á cuatro que figuraron marcadamente en la época que abraza este capítulo. Uno de ellos fué Fray Pedro de Agurto, descendiente de los primeros pobladores. Hombre de vasta instruccion en ciencias y en literatura, notable por sus brillantes luces, fué electo provincial de la órden de San Agustin, donde habia varones de verdadera ciencia: asistió en clase de teólogo consultor al tercer Concilio mejicano, en que manifestó su recto juicio y su profundo saber, y en 1595 fué nombrado obispo de Zebú, donde se

distinguió no menos por su ciencia que por su caridad. Llevado de sus sentimientos filantrópicos, fundó en su diócesis un hospital para los enfermos y náufragos de todas naciones y cultos, y escribió algunos tratados para la instruccion de la clase indígena.

Cristóbal del Castillo, mestizo mejicano, esto es, hijo de español y de india, escribió con suma elegancia la *Historia del viaje de los aztecas al país de Anáhuac*. Esta obra importante y curiosa, se hallaba manuscrita en la biblioteca del colegio de jesuitas de Tepotzotlan.

Diego Muñoz de Camargo, noble mestizo tlaxcalteca, escribió la *Historia de la ciudad y de la república de Tlaxcala*. De esta obra notable se sacaron varias copias, así en España como en Méjico, y de ella se sirvió Torquemada para su *Monarquía Indiana*.

Antonio de Saavedra Guzman, mejicano descendiente de españoles, escribió durante su navegacion á España la historia de la conquista de Méjico, con el título de *El peregrino indiano*. Esta obra la imprimió el autor en Madrid en 1599, cerrándose con ella la literatura de la Nueva España en el siglo xvi.

Como perennes fuentes del saber y de la ciencia, habia en cada colegio y en cada convento preciosas bibliotecas que se franqueaban á todos los que acudian á beber en ellas las fecundantes aguas de la inteligencia. La biblioteca de San Ildefonso poseia seis mil volúmenes de obras notables en los diversos ramos del saber humano: la de San Gregorio contaba ya con cinco mil cuatrocientos sesenta y uno; la de San Juan de Letran con doce mil ciento sesenta y uno; la de San Francisco y San Agus-

tin con cuatro mil y quinientos cada una; y la de la Universidad llegó á contar con más de diez mil volúmenes, muchos de ellos sumamente exquisitos y raros.

En relativa proporcion con las luces de la capital se hallaban las demás ciudades, villas y pueblos de la Nueva España al terminar el siglo xvi. Querétaro, Guadalajara, Michoacan, Puebla y Oajaca poseian colegios y bibliotecas notables donde la juventud adquiria los inapreciables tesoros de la ciencia. Aun en una gran parte de la clase menos acomodada de la sociedad se notaban los adelantos de la civilizacion. Los misioneros, fundando humildes conventos por las desparramadas aldeas de los indios, y constituyéndose en maestros, llenos de abnegacion, habian logrado enseñarles la moral, la lectura, la escritura, la aritmética, la música y aun el dibujo. Los multiplicados edificios levantados por ellos á la religion, que hoy, equivocadamente, juzgan algunos hombres como muestras de fanatismo, entonces eran planteles necesarios y benéficos de la humanidad y de la civilizacion. Esos templos levantados al catolicismo que se encuentran en la vasta extension de la que fué Nueva España, tenian el doble objeto de hacer humanos á los hombres, y de enseñar la ciencia y la moral. Eran á la vez iglesias y escuelas. El sacerdote era, al mismo tiempo que ministro del altar, maestro de la niñez. Ministro del altar para atraer con su salvadora prédica á la humanitaria religion del Crucificado, á los que profesaban los ritos sangrientos que cubrian de víctimas humanas los altares de las falsas divinidades; maestro de la niñez, para conducirla por el camino de la verdadera civilizacion. Este, y no

otro, era el noble objeto con que entonces se levantaban esos templos que llaman justamente la atencion del viajero. Se extrañará acaso por algunos, que los religiosos fueran los encargados de la educacion, y se juzgará que hubieran sido preferibles los seglares. Pero la ciencia y el saber estaba en aquella época de empresas, de aventuras y de caballería, en los claustros. Los nobles preferian la brillante carrera de las armas á la de las letras, y la clase media, esa clase que puede considerarse en todos los países como la inteligencia que dirige el cuerpo social, no hubiera podido avenirse á vivir en miserables y aislados pueblos de indios, separada de los centros de civilizacion y de goces intelectuales. Aun hoy, que esos pueblos de indios se encuentran en condiciones mas favorables, dificilmente se encuentra quien quiera hacerse cargo de una aldea. Solamente aquellos misioneros, llenos de fé y de abnegacion, que se sacrificaban en aras de la humanidad por hacerse gratos á los ojos de Dios, podian dedicarse á dulcificar las costumbres feroces de los indios y á la educacion de sus hijos.

No han faltado escritores, sin embargo, aunque muy pocos, que no hayan censurado su ferviente celo por la enseñanza del cristianismo, calificándolo de fanatismo, y presentando á la nacion española como fanática intolerante.

Dicho tengo, varias veces, que á las naciones se las ha de juzgar por el siglo en que acontecieron los sucesos que se relatan. Exigir que reinasen entonces las ideas y las costumbres de hoy, seria una pretension que nos quitaría el derecho de ser juzgados á nuestra vez por la pos-

teridad, conforme á las inclinaciones, las necesidades, el gusto y las aspiraciones de la sociedad en que vivimos.

Juzguemos del fanatismo de la España de aquella época con el fanatismo de la Inglaterra en el mismo siglo. De este paralelo entre el fanatismo religioso del pueblo español del siglo XVI, y el fanatismo religioso de la nacion que nos presentan como la mas despreocupada del mismo siglo, podrá el lector juzgar desapasionadamente de la justicia ó injusticia de la acusacion. Hecho dejo el paralelo respecto á intolerancia religiosa (1): pasemos á hacerlo del fanatismo, con los datos que nos suministra la historia de Inglaterra, escrita por sus mas acreditados historiadores. Esta juzgo que es la manera mas recta para que el lector falle con acierto sobre los hechos, y de desarraigar preocupaciones que nunca debieran fomentar los que tienen la noble mision de escribir y de ilustrar.

Un acto de fanatismo sirvió de apoyo al Parlamento de los Comunes en Inglaterra para decretar en 1649, esto es, aun medio siglo despues, la muerte del desgraciado Carlos I. La Cámara de los Comunes habia declarado que toda autoridad legítima debia dimanar del pueblo. Una mujer del condado de Herfort, exaltada por unas visiones, pidió se la admitiese á la presencia de los Comunes, «porque tenia que comunicarles revelaciones proféticas que decia haber recibido del cielo, segun las cuales, todas las medidas de ellos eran ratificadas y sancionadas por el espíritu de Dios». Esta absurda revelacion fué acogida por aquel cuerpo, que pertenecía á la religion protestante,

(1) Véanse las páginas 161 y 162 de este tomo.

como santa y respetable, «y sirvió para acrecentar su furioso celo y para confirmarlos en sus determinaciones sanguinarias» (1). El fanatismo religioso de las nuevas sectas se hallaba en todas las clases de la sociedad; en el pueblo, en sus representantes, como se ha visto, en su clero, en su ejército y hasta en sus mas notables hombres. El ejército escocés dejó de aprovechar su posición ventajosa en que podía haber atacado á Cromwell y destruirlo, por haber creído «en las visiones é inspiraciones extravagantes de los sacerdotes escoceses, quienes después de *luchar noche y día con el Señor*, según decían, se imaginaron por fin haber conseguido la victoria, porque *les había revelado el cielo que las tropas heréticas* (así calificaba entonces cada secta protestante á las otras) *y el general*, á quien llamaban Agag, *se entregaría á ellos*. A consecuencia de tales delirios y promesas, obligaron á su general, á pesar de sus reflexiones, á bajar á la llanura y á dar en ella la batalla á los ingleses» (2).

Por su parte el ejército inglés también había tenido sus revelaciones y sus promesas. «Cromwell, á su vez, *había luchado con el Señor*, y alcanzado la seguridad del triunfo. Apenas supo que los escoceses habían determinado venir á las manos, anunció á sus soldados que el Señor le había prometido la destrucción del enemigo, y así les mandó cantar acciones de gracias como si ya hubiese alcanzado la victoria» (3).

(1) Goldsmith, *Historia de Inglaterra*, cap. XXXVII, pág. 225.

(2) Goldsmith, *Historia de Inglaterra*, cap. XXXVIII, pág. 229.

(3) Goldsmith, en el mismo capítulo y página.

Nunca dieron los españoles, en sus creencias católicas, entrada á un fanatismo de esa naturaleza, ni sus soldados y generales hubieran dejado de aprovechar las ocasiones oportunas de alcanzar el triunfo, si los sacerdotes de su religión, manifestándose inspirados, hubieran tratado de persuadirles á obrar de otra manera.

El fanatismo desplegado en cada nueva secta protestante que aparecía en Inglaterra, excede á los delirios de una imaginación extravagante. Casi todas las tropas inglesas que defendían al Parlamento en 1644, se componían de individuos que pertenecían á una secta llamada de *independientes*. «Jamás se presentó un ejército mas singular que el que entonces se presentaba á combatir por la causa del Parlamento. Los oficiales desempeñaban las funciones de capellanes, y durante los intervalos de la acción, instruían y exhortaban á sus tropas. Por causa de los piadosos éxtasis y de los santos raptos, había continuamente en el campo de batalla motivos de meditación y de reflexión; y así enardeciéndose los oficiales á medida que hablaban, no omitían el atribuir el ardor de que se sentían animados, á una visita interior del espíritu divino. Los soldados, poseídos de los mismos sentimientos, empleaban las horas en que no podían combatir, en oraciones, lecturas santas y conferencias espirituales, mezclándose cuando marchaban al combate los himnos y las oraciones jaculatorias con el ruido estrepitoso de las trompetas» (1).

Cuando Cromwell se hallaba, en 1658, gravemente en-

(1) Goldsmith, *Historia de Inglaterra*, cap. XXXVI, pág. 221.

fermo, los fanáticos sacerdotes de su secta llegaron á asegurarle, pues así les habia revelado el Señor, que su enfermedad nada tenia de mortal. Mas fanático que ellos para creer en aquella promesa hija del fanatismo, no dudó que era indefectible su restablecimiento, y con esta seguridad decia á los médicos que le asistian: «Yo no moriré de esta enfermedad, y estoy seguro que me curaré, porque el cielo ha dado las mas favorables respuestas á mis capellanes y á los santos que tienen con Dios comunicaciones mas íntimas que yo. Sus ministros dieron á Dios las gracias por la completa seguridad que les habia dado acerca del restablecimiento del protector» (1).

Pudiera citar muchos mas casos del exagerado fanatismo que reinaba en la nacion inglesa, no solamente en el siglo xvi, sino en el siguiente, como dejo demostrado; pero juzgo suficientes los mencionados, para que el lector, en vista de ellos, pueda hacer el paralelo entre ese fanatismo y el que se ha dicho que llevó la España á Méjico con los sacerdotes de la religion católica.

Una observacion me toca hacer, sin embargo, para que no se confunda el celo religioso desplegado en la Nueva España por los misioneros, comunidades religiosas y obispos, con el nombre de fanatismo que, irreflexivamente, se ha dado por algunos al empeño de los ministros del altar en levantar iglesias y conventos hasta en los pueblos de menos importancia. La fundacion de esos templos tenia, como he dicho anteriormente, un fin humanitario: un fin contrario al fanatismo, puesto que su objeto era destruir,

(1) Goldsmith, *Historia de Inglaterra*, cap. XXXVIII, pág. 255.

por medio de la persuasion, el terrible fanatismo de los indígenas, separándolos de su sanguinaria religion. No apelaban los misioneros católicos, llenos de caridad, de mansedumbre y de modestia, á transportes ni revelaciones hechas por el Señor. Eran demasiado humildes y virtuosos para juzgarse dignos de ese favor. Todo lo contrario, no ocultaban á sus neófitos que eran pecadores como los demas hombres, y se consideraban indignos ministros de Dios. Jamás se presentaron ante los vireyes y las Audiencias á manifestar que habian recibido instrucciones directas del Hacedor Supremo, para que el Gobierno obrase de acuerdo con la revelacion, ni pretendieron nada que no estuviese de acuerdo con la modestia y el orden natural. Su gloria se cifraba en difundir los sentimientos de amor y de caridad al prójimo, y en hacerse gratos á Dios por la predicacion de su doctrina y la enseñanza de la niñez. Defensores y maestros de los indios, lograron con su bondad hácia ellos que abrazasen las humanitarias máximas que les enseñaban, y abandonaran los ritos sangrientos del paganismo azteca. Por esto se fueron levantando iglesias y conventos por todas partes con extraordinaria rapidez, facilitándolo todo el amor y veneracion que los indios profesaban á los misioneros, viéndolos consagrados á verter el consuelo entre la raza indígena, emprender á pié y descalzos penosos y largos viajes, con unas sandalias hechas de la planta llamada maguey ó pita, vestidos con un hábito viejo y corto de toscos sayal, durmiendo sobre una estera, teniendo por almohada un madero ó un manojo de yerbas secas, y sin otra comida que pan de maíz llamado *tortilla*, pi-

miento y algunas frutas que pedían de limosna en las plazas y mercados, pues en los primeros años no se encendía fuego en la cocina de los conventos de la Nueva España.

«Si en otro lugar, dice un ilustrado y juicioso escritor mejicano, hemos tenido ocasion de conocer en los conquistadores una raza extraordinaria de hombres, que parecían formados á propósito para resistir los increíbles trabajos y privaciones que tuvieron que sufrir en tantas y tan largas expediciones, preciso es confesar que los primeros misioneros no son menos admirables, y que los indios tenían justo motivo para tenerlos por seres sobrehumanos, que mas bien pertenecían al cielo que á la tierra, destinados por la Providencia á aliviar los males» (1).

Varones llenos de tolerancia hácia los indios, procuraban atraerles al cristianismo, no por el terror, sino por la dulzura y la persuasion. «Donde quiera que se levantaba un convento de religiosos, dice un escritor muy instruido en la historia de Méjico, allí se daban escuelas de primeras letras; y como los monasterios se edificaban en los desiertos, hasta en los desiertos cumplían los ministros del altar con el precepto de Jesucristo: *Id por toda la tierra y enseñad*» (2).

Otro bien de importancia muy notable prestaron á la Nueva España los humildes misioneros con la predicacion del cristianismo y con la fundacion de esos templos, que

(1) Don Lucas Alaman. *Disertaciones sobre la historia de la República mejicana*.

(2) Don Manuel Castellanos. *Refutacion al informe sobre instruccion pública, dado por el ministro D. Manuel Siliceo al emperador Maximiliano*.

eran á la vez otros tantos planteles de educacion que deramaban la moralidad y el saber sobre los pueblos indígenas. Ese bien de inapreciable valía fué reunir en lazo fraternal á las diversas naciones contrarias entre sí hasta entonces, que se habían hecho sangrienta y destructora guerra, y que hubieran seguido manchando los altares de sus falsas divinidades con los millares de prisioneros sacrificados en aras de la idolatría.

Al mismo tiempo que las ciencias y las letras se habían difundido por las diversas provincias de la Nueva España, las artes, la agricultura, la industria y el comercio habían llegado á una altura maravillosa. Las ovejas, los carneros, los toros, las vacas, los caballos, los cerdos, toda clase de ganado, en fin, de que antes carecía en absoluto el país, se habían multiplicado prodigiosamente en los setenta y nueve años, y al terminar el siglo xvi, la Nueva España enviaba ya sus finas lanas á Europa, y sus caballos y reses á diversos puntos de las Américas. Los paños hechos en sus fábricas competían con los mejores que se fabricaban entonces en el viejo mundo, y el tafetan, raso y gro, nada dejaban que desear al mas exigente fabricante. Los indios se hallaban diestros en todos los oficios, y se habían hecho notables como entalladores, manifestando su gusto, su inteligencia y su destreza en los entero y medio relieves. Magníficos hospitales y planteles de beneficencia se hallaban fundados por todas las provincias, encontrando en ellos la desvalida humanidad el sustento, el cariño y el alivio á sus dolencias. El oro y la plata eran extraídos de las entrañas de la tierra, que hasta entonces habían estado ocultos en su centro, sin que los an-